Crítica de libros

CUANTO SÉ DE MÍ, *José Hierro*. ÁGORA, 1957.

El propio José Hierro hizo hincapié en diferentes ocasiones sobre la decadencia actual de la poesía de circunstancias, tan frecuente en los clásicos. "Poesía de circunstancias" pasó a ser hace tiempo una designación peyorativa y mal entendida, escritura al paso, "pecado" con inmediata disculpa. La consecuencia de este modo de pensar está en muchos libros trazados *a priori,* en mucha "pureza" adrede y mucha "impureza" también adrede. Vamos a dejarlo en singular, pues circunstancia en el sentido claro y revelador de lo humano individualizado, materia viva y particular, es la que contiene *Cuanto sé de mí.*

> No tengo miedo nombraros
> ya con vuestros nombres,
> cosas vivas, transitorias.
> (Unidas sois un acorde
> de la eternidad; dispersas
> —nota a nota, nombre a nombre,
> fecha a fecha—, vais muriendo
> al son del tiempo que corre.)

Ese "nombrar perecedero" es el único que sinceramente puede permitirse el hombre. Supone limitarse y acogerse a cuanto es cada uno y cantar desde una intimidad plena—porque el intimismo no puede ser una colección de cositas más o menos tristes y anecdóticas—; supone estar tan distante del encerramiento orgulloso como de la tantas veces hipócrita y voluntaria despersonalización, en la que se disimule muy bien el vacío espiritual. (Salvo cuando esa despersonalización se lleve a todas sus consecuencias.) Hierro, para dar fe de sí, narra unas veces, describe otras, canta, dice con un hilo de voz, expone "objetivamente" como en ese réquiem por un español muerto:

> Manuel del Río. Sobre el mármol
> de D'Agostino pastan toros
> de España, Manuel, y las flores
> (funeral de segunda, caja
> que huele a abetos de invierno),
> cuarenta dólares. Y han puesto
> unas flores artificiales.

Apela a todas las formas, ensancha su poesía, en fin, no sólo porque su necesidad expresiva le lleva a ello, sino porque pone en claro y soluciona a su modo esa contradición entre el verso que quiere tocar la realidad más directa y el verso depurado y con estructura. Y llega a un término equidistante y original entre lo que un poeta puede decir con palabras de todos, con lenguaje llano, y con lenguaje de gala. Hierro pasa de uno a otro, los reasume, los hace verbo claro y nervioso. Aquí hay nervio. Repeticiones, retrocesos, dudas de sí

mismo y de lo que tiene delante, todo lo que contribuye a la naturalidad. Con una retórica distinta, con una técnica que por ser excelente no se advierte demasiado.

Por contra, le lleva a veces a que esa aludida naturalidad sea excesiva. Los poemas no tienen música, pero suenan más adentro, porque la rima es "temporal" y "pobre". Creo que esto de José Hierro es hablar verdaderamente:

Quiénes
sois, no quiénes parecéis
las que ante mí vais llorando
o riendo, no las que
pasáis ante mí bailando
y fumando (Mambo)...

Es casi tópico decir desnudez poética o sinceridad. No sé si haría bien en insistir sobre esas cualidades aplicadas al caso de Hierro. Son demasiado evidentes. "Remordimiento" es un impresionante poema. Y no es el único. Una tensión constante nos hace participar de lo que es inquietísimo recorrido de un hombre.

En principio
fué el dolor. (Nace el cantar
del vivir.) Y el dolor vivo
es vivir. Pero pregunto
por qué habrá sido preciso
el dolor para cantar,
el morir para estar vivo.

Así, tan claro. En la parte titulada "Torre de sueños", Hierro —con los poemas dedicados a Beethoven y a Haendel—viene a completar su imagen de hombre. Consecuentemente, el verso tiene mayores irisaciones, más rica vestidura, aunque nunca pasa de ser la expresión "eficaz".

En este libro, José Hierro ha puesto su poesía en maduro trance. De aquel romanticismo de *Alegría* le queda poco. Hay en *Cuanto sé de mí* citas de Calderón, pero solamente citas.

JIMÉNEZ MARTOS

LOS DIAS TERRESTRES, *Vicente Núñez*. Adonais, 1957.

Cuando Ortega dió aquel teórico paseo por el Sur, remachó que en el hombre de Despeñaperros para abajo había una aguda nostalgia del paraíso y un consiguiente esfuerzo por no perderlo del todo. La nostalgia es de seguro efecto poéticamente hablando; abraza y es espejo de fugacidades. El andaluz Vicente Núñez junta aquí la suya, que es de pasado y presente, nostalgia con anhelo amoroso muy traspasada, cosas que dice con sus nombres propios, concreta y nos comunica su intimidad. Porque ésta es una poesía refugiada, casi en trance de congoja, en lo íntimo, donde el sentimiento es simple, pero el pormenor abundante. El contorno, las ligaduras que Núñez tiene con él, se expresan con gusto de ambientador—el toque gracioso y siempre delicado—, cuyos matices y conjunto arrancan de una esencial decepción:

y lo que, ayer, ingenuos, creímos vaca-
[ciones
se llama de repente la vida. Sólo ella.

La elegía inevitable está dicha con un sugestivo tono adolescente, mantenido, estilizado hasta el punto—no siempre—que las imágenes siguen por su cuenta el camino y se pierden. Otras tienen destino, contenido, belleza y, antes que nada, expresividad; apoyada tanto en un prosaísmo de la miniatura como

en trozos de poesía esencializada. "Sor Modesta" puede ser una muestra de lo primero—lo más abundante, porque el poeta *está* constantemente en lo cotidiano para ponerle fondo a la emoción—y de lo segundo "El viejo sollozo":

Traigo el amor podrido de pureza y
[no puedo
librarme de su oscuro e invencible ve-
[nablo.

Y, desde luego, estos dos elementos están muy bien trabados en "La casa vacía":

Me quedaré en la noche baja que ven
[mis ojos
hundido en las pisadas que han de vol-
[ver seguras
cuando el último tramo del vivir desen-
[tierren.
La casa está vacía. Quizá no vine en
[vano.
Alguien llama a la puerta; vida o muer-
[te es lo mismo.

El metro escogido para todos los poemas—ese alejandrino que el autor ha llamado cordobés—, logrado con buena técnica, le va admirablemente; pero tal vez su repetición reste algo de posibilidades si consideramos *Los días terrestres* de principio a fin. De todas maneras, es un aspecto formal secundario.

Vicente Núñez cumple en este libro ese sino tan privativo de la poesía andaluza de todos los tiempos: que la melancolía no desdibuje las cosas. Que las cosas consuelen y acompañen.

JIMÉNEZ MARTOS

POEMAS TRISTES A MADIA, *Carlos Murciano* (1).

Carlos Murciano acredita, a través de sus dos libros anteriores —*El alma repartida* y *Viento en la carne*—, un poderoso conocimiento de la técnica de la versificación, una ingénita capacidad para salir airoso de cualquier prueba y prepararnos para la apoteosis de lo "todavía más difícil". De todo lo dicho, se infiere que el medio ambiente que Carlos Murciano necesita para desenvolver su inspiración es el de la poesía formal en cualquiera de sus manifestaciones y, especialmente, en la del soneto, que cuenta con tantos adeptos. Si a su reconocida habilidad no hubiese que añadir ninguna otra virtud, el ser un versificador de oficio representa bien poco desde un punto de vista poético, ya que la poesía, como se sabe, no radica en la habilidad de distribuir unas palabras y conseguir unas rimas, sino que es, precisamente, la no tangible, lo no posible, sin la sustitución de la mera forma por el talento poético, por la auténtica creación. Pero, afortunadamente, resulta que, además, tiene Murciano muchos hallazgos muy consonantes con su buen artificio, y es, indiscutiblemente, un poeta rico y vario que puede, en cualquier momento, ensoñar sus emociones vividas y transferirlas, como depositadas, entre esencias y sándalos, en un libro depurado sin abigarramiento, sin topicismos y sin garrulería. En este libro que comentamos, Murciano descubre un estado de ánimo en el que campean la juventud y el amor. De todas sus sensaciones, se adueña la tristeza, y, pese a la subjetividad del tema, Murciano es el antagonista de Madia y Madia es la protagonista de sus poemas. Nos parece maravilloso el empeño de dedicar un canto a la Tristeza. No

(1) Colección "Alcavarán". Arcos de la Frontera. Vol. I, 1956.

obstante la diestra especialidad de este poeta, encontramos también poemas libres, relativamente libres, ya que conservan ritmo y acentuación independientes (endecasílabos, octosílabos, alejandrinos, etc.), como el final del poema XXVIII, en el que el libro concluye:

Te esperaré en la eterna encrucijada.
Llegarás cuando el alba
y amanecidas tórtolas besarán tu vestido.
De allí saldremos juntos hacia el otro [final:
hacia donde no existen las palabras,
hacia donde "tristeza" es luz perfecta y [pura.

José Gerardo Manrique de Lara.

TIEMPO. Poema de *Isidro Conde.*

Otro tema que no puede pasar inadvertido para un poeta es el elegido por Isidro Conde en este breve libro que acaba de publicar con profusión de ilustraciones. El tema del Tiempo guarda siempre un incentivo grande, especialmente por la cantidad de fórmulas posibles que existen para tratarle. Nos vemos invitados a considerarle desde la concepción meramente filosófica, la unidad del hombre ante el cosmos o la pluralidad del ser en su recreación, entre el origen y el infinito. Cualquier consideración sobre lo temporal puede inducirnos a la creación del poema, desde la más llana observación popular, el adagio o la copla, hasta el estudio más científico y sistematizado, más real y analítico, como es *el fenómeno humano* de Téilhard de Chardin. ¿Habrá posibilidad de intuir un mayor excipiente poético que en la trascendencia del hecho de presentarnos desnudos a la contemplación de la existencia, a sentir nuestro ser en función de la temporalidad, a sumirnos en el milagro de la creación que nunca nos sería dable sin el fenómeno de lo temporal? También existe el tiempo como manifestación objetiva, como mero suceso que nos impresiona desde un punto de vista superficial o epidérmico, cuando se trata del tiempo como objeto, como fenómeno físico, como plataforma de nuestra preocupación existencial. I s i d r o Conde no se ha dejado ganar por ninguna de estas sugerencias, pero usa, en cambio, de toda la nomenclatura de las calendas para subdividir su poema. Escribe con una preocupación más literaria o sensorial que anímica. Divide su poema en meses y estaciones, no sin cierta frivolidad y desenfado. El poema inicial—"Tiempo"—y las estaciones son otros tantos sonetos en los que, algunas veces, se ve la rima bien comprometida. En el curso de este poema se pueden encontrar algunas imágenes tocadas de gracia poética, que casi siempre corresponden a los versos libres. Un libro, en fin, sin excesivo contenido en cualquier aspecto en que quiera apreciársele y que deja entrever la posibilidad de que el poeta vaya a emplearse en lo sucesivo en empresa de mayor alcance. Las ilustraciones escapan por completo a mi sensibilidad, y ni siquiera me atrevería a decir que parecen inadecuadas. La portada ostenta una hirviente y enorme clepsidra que recuerda el anuncio de una batidora.

José Gerardo Manrique de Lara